

GENEVIÈVE BRISAC

ILUSTRADO POR HEYLIANA FLORES

El gis Mágico



El gis Mágico

A LA
ORILLA
DEL VIENTO



El gas Mágico

GENEVIÈVE BRISAC



ilustrado por
Heyliana Flores

traducción de
Natalia Cervantes Larios



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición en francés, 2000
Primera edición en español, 2001
Séptima reimpresión, 2014
Primera edición electrónica, 2016

© 2000, l'école des loisirs, París
Título original: *La craie magique*

D. R. © 2001, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Editor: Daniel Goldin
Diseño: Joaquín Sierra Escalante
Dirección artística: Mauricio Gómez Morin

Comentarios y sugerencias:
librospaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5449-1871

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-3941-7 (ePub)
ISBN 978-968-16-6430-5 (impreso)

Hecho en México - *Made in Mexico*

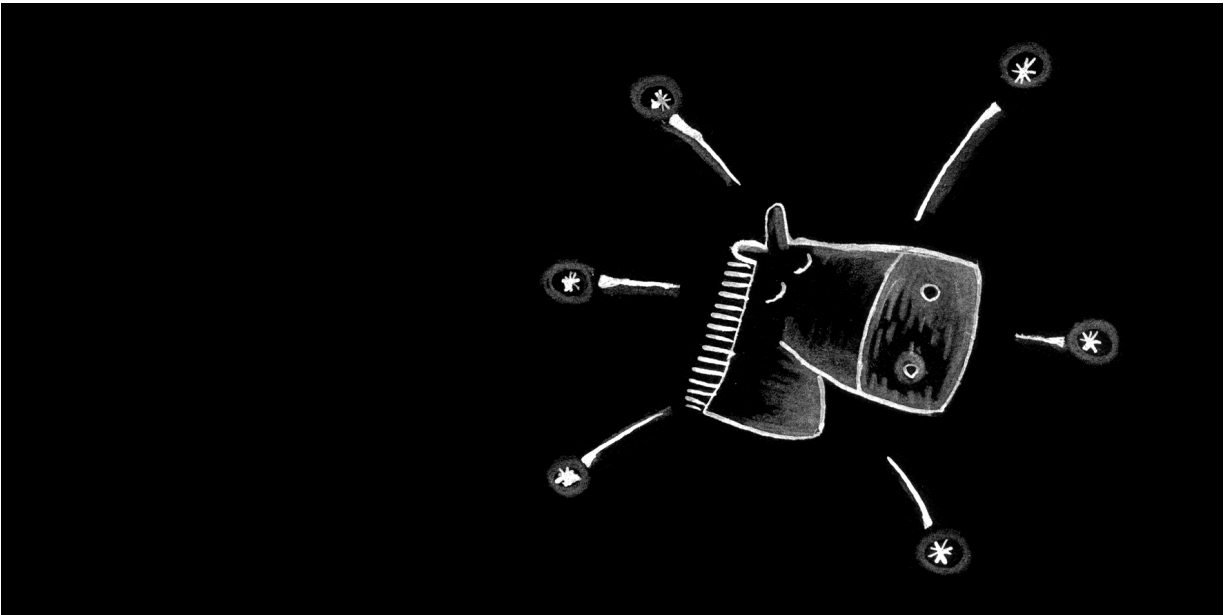
OceanofPDF.com

Para Sophie

Para Michel

*Gracias a Los Columpios Reinventados,
iniciadores de Un juego de niños
e inspiradores de esta historia*

OceanofPDF.com



Un día, Violeta entró en el parque por la reja grande.
Y esta vez fue diferente de todas las otras veces.

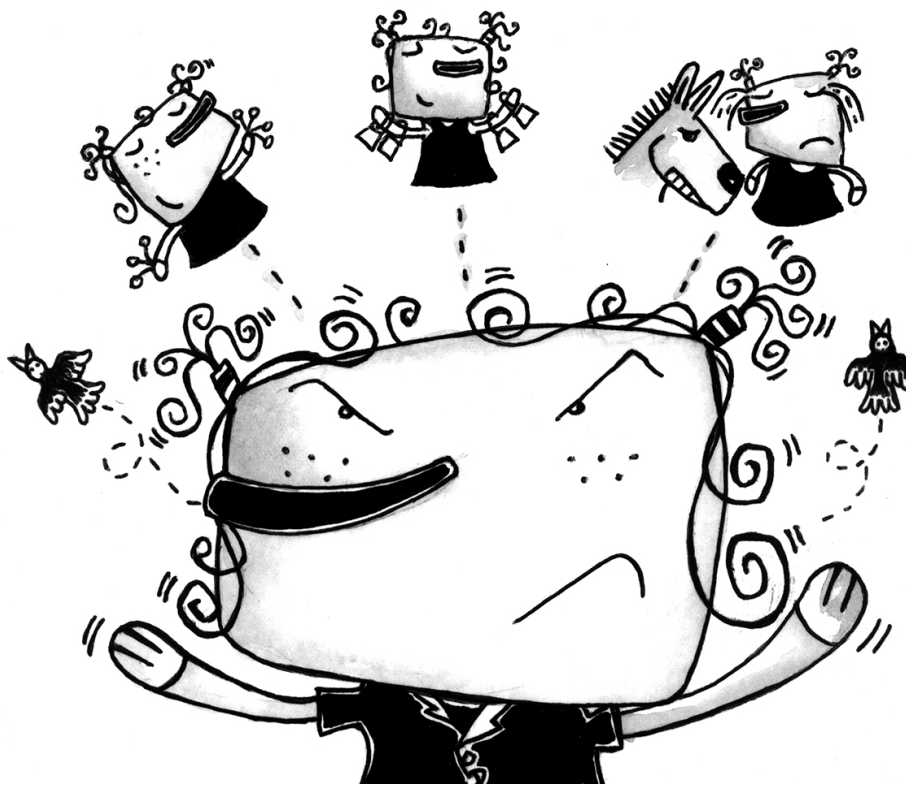




Su mamá siempre le decía:

—¡Violeta, vamos a pasear al parque! Me encantan las flores y los prados cubiertos de cosas. Y tú puedes hacer amigas. Jugar en el arenero. Dar una vuelta en burro. También puedes correr tras las palomas, si se te antoja.

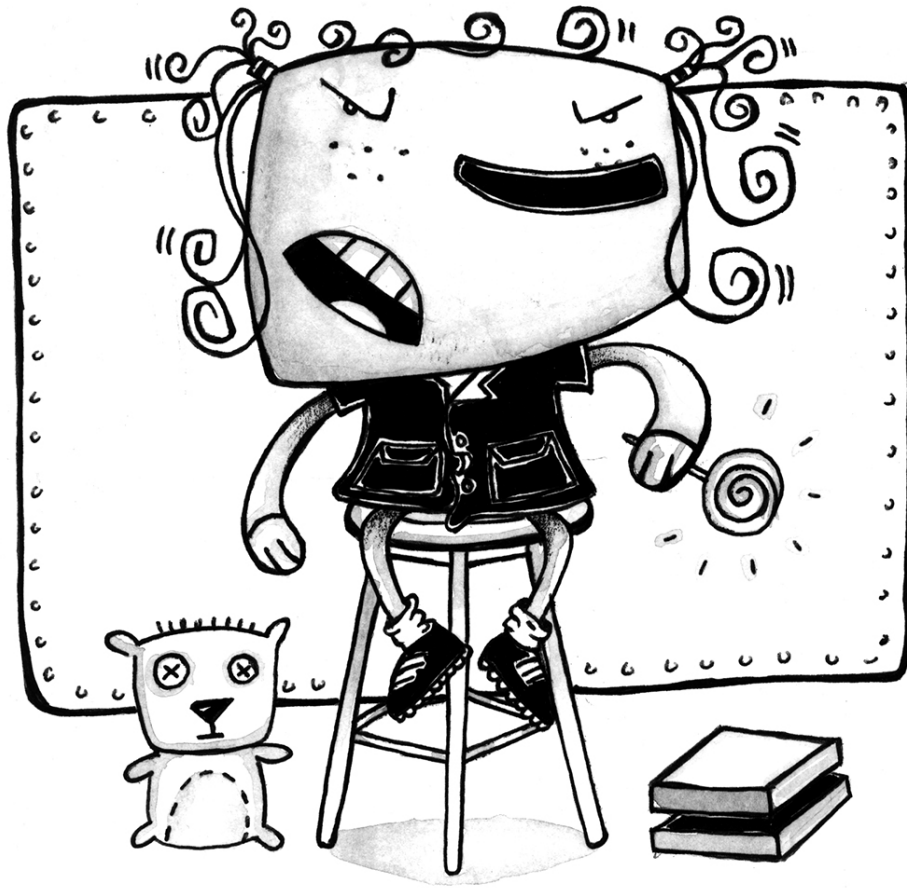
Violeta sabía que eso no era cierto.



—A mí —reclamaba— no me gustan las flores; ¡no hablan! Tampoco nos dejan cortarlas.

”En los areneros hay puros bobos que lloran cuando les quitas su cubeta.

”Los ojos de los burros me dan ganas de llorar, y las palomas nunca se dejan atrapar.”



Detestaba el parque.

Para empezar, qué nombre tan ridículo: parque.

Violeta decía:

—¡Guácala! Me choca el *guarque*.

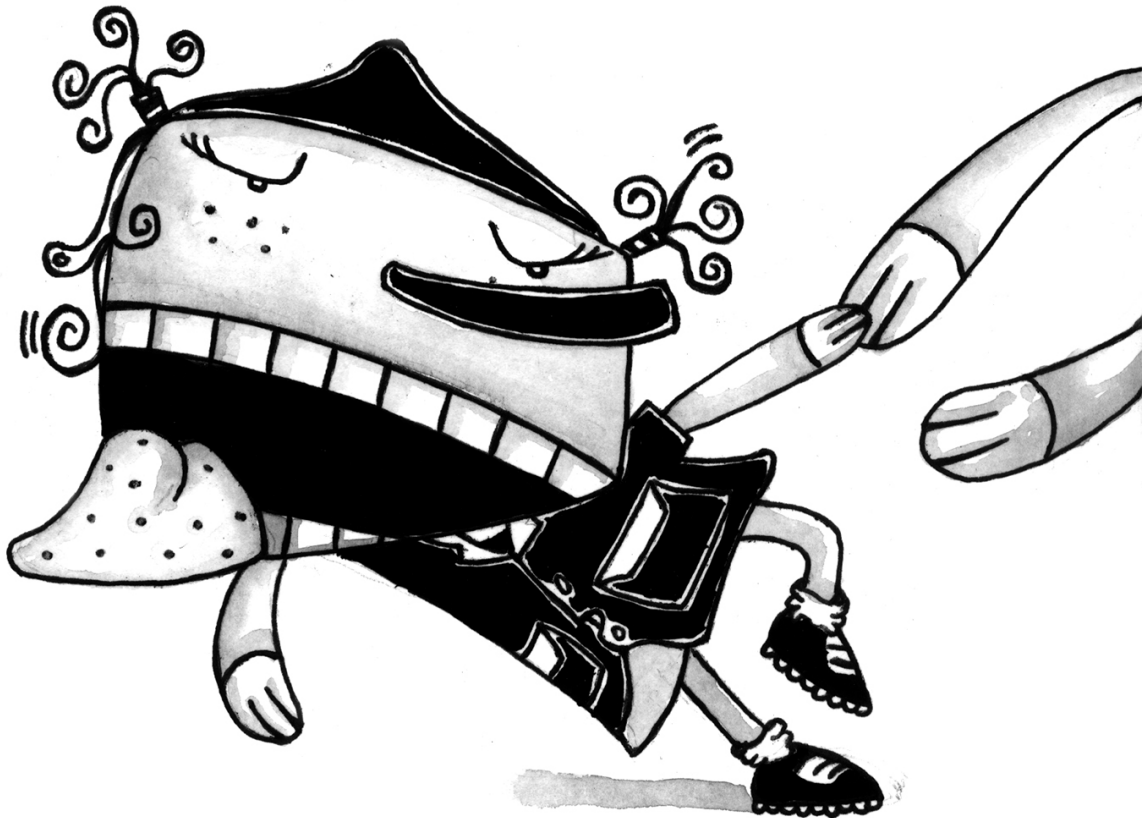
Es aburrido.

No hay nada qué hacer.

Se resistía arrastrando los pies e intentaba frenarse con todo, como cuando los perros encuentran un árbol para hacer pipí tranquilamente y les jalan la correa y ponen cara de desesperación.

Ella sólo se frenaba con los pies, pues no tenía oportunidad de andar a gatas.

Ponía una cara más o menos así:



Pero al mundo no le importaba. Y ella regresaba al mismo parque.

Así, con la gorra de lado, el abrigo mal abrochado y los calcetines caídos, se sentaba en la tierra e intentaba cavar un pasadizo para escapar.

Pero sus uñas no eran puntiagudas.

Ella apenas hacía unos pocitos minúsculos como éste:



Una vez más no le salía bien.

OceanofPDF.com



PERO entonces, un día, Violeta entró en el parque, como siempre, por la reja grande, y esta vez fue diferente de todas las otras veces.

Bueno, no al principio.

Al principio fue como de costumbre.

El pasadizo apenas crecía unos milímetros.

Estaba sentada en la tierra con su gorra peruana de lado. Su abrigo no la dejaba cavar a gusto.

Entonces se lo quitó.

Fue justo en ese momento que una mujer muy muy vieja se acercó y habló con una voz aguda aguda más o menos así:



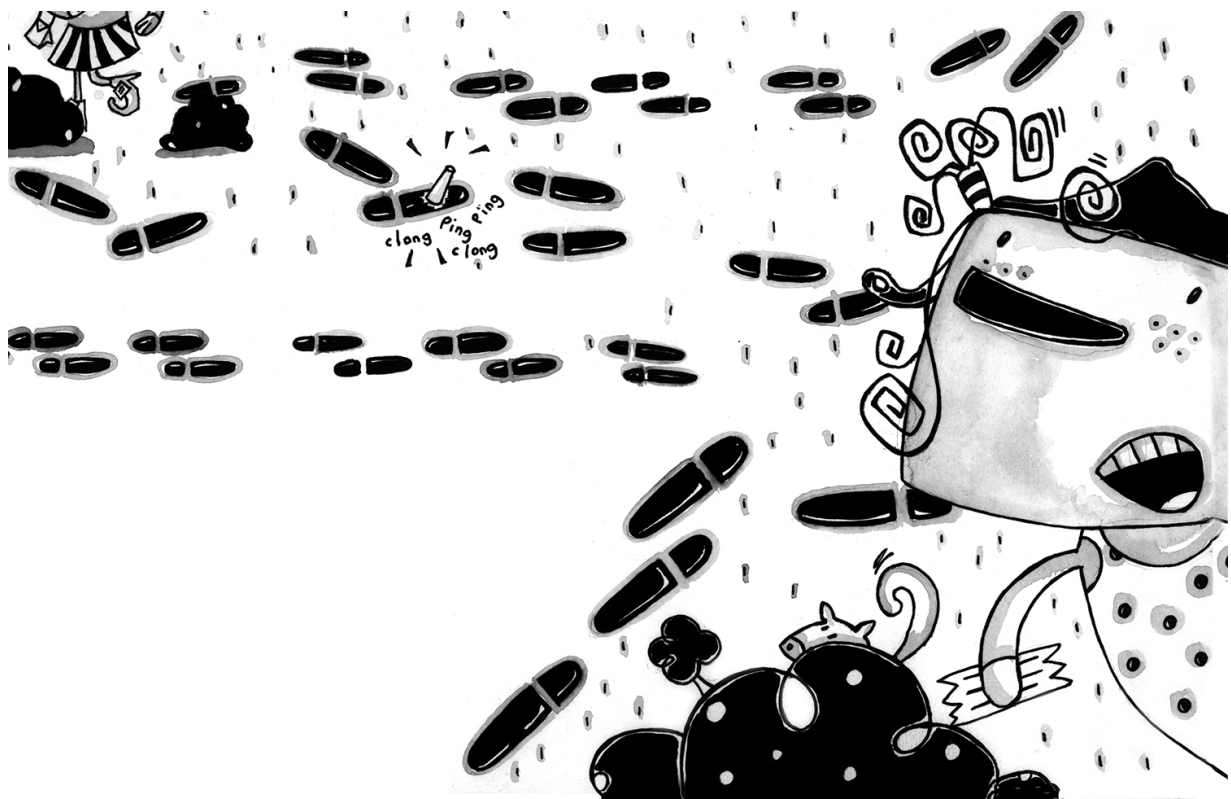
Violeta estaba escarbando muy bien con un palito que acababa de encontrar.

La mujer anciana se inclinó y le dijo:

—¡Qué suerte tienes de cavar tu camino hacia la libertad!

Y no dijo más.

¡Puf! Retomó su paso, más o menos así:



Violeta la vio alejarse.

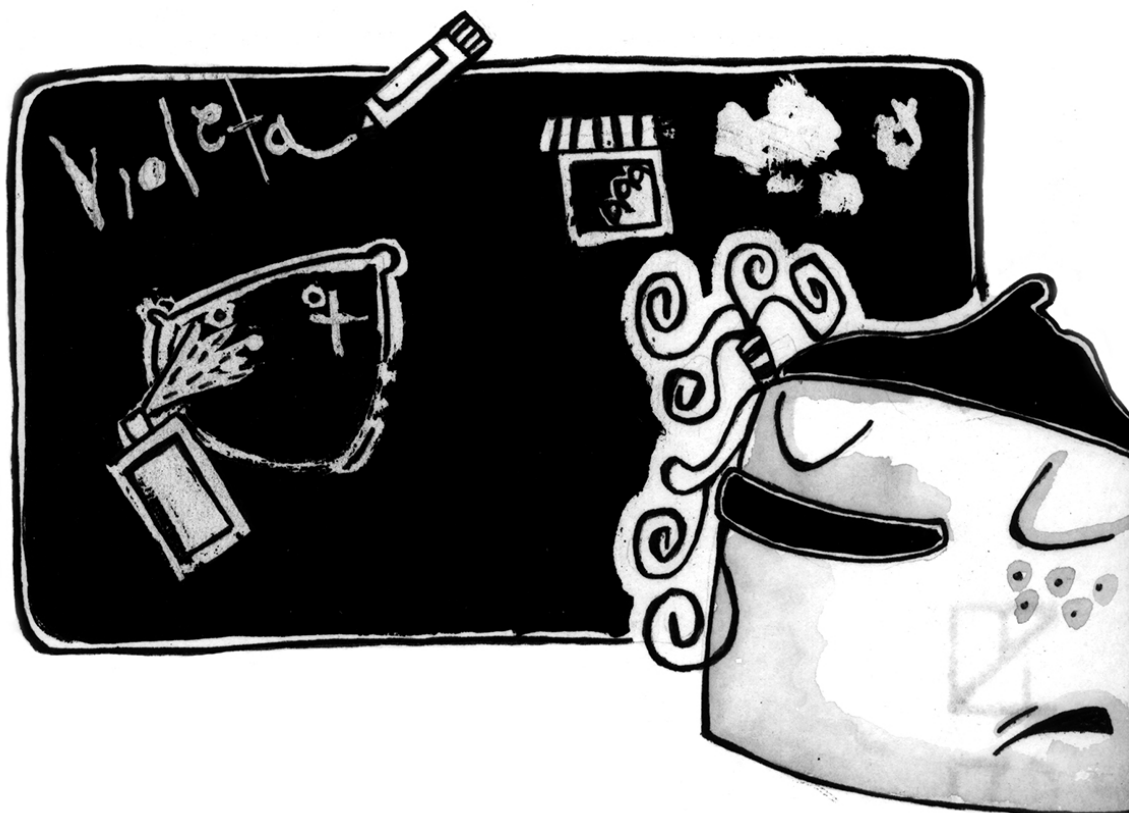
En ese preciso momento escuchó un ruidito, como un *clang*, pero también como un *ping*.

De un brinco se puso de pie para ver qué había pasado.

Sobre los pasos de la mujer muy muy vieja, sobre las huellas que habían quedado plasmadas en el suelo amarillo y polvoriento, había un trozo de gis.

Común y corriente.

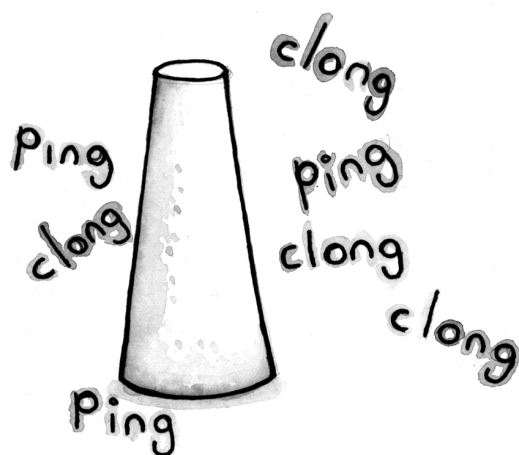
“Bah —pensó Violeta—. Me caen gordos los gises. Los gises son para la escuela. Si fuera un plumón plateado, o una pintura en aerosol. ¡O pintura para dedos! Pero un tonto gis, ni siquiera vale la pena recogerlo.”



Porque Violeta sabía de arte.

Y sabía que los gises, francamente, ya pasaron de moda.

Pero ahí estaba ese ruidito, ese *clong*, ese *ping* que era casi un *tung*, un ruido muy simpático, para nada el típico ruido tonto de gis.



Ese ruido tan simpático hizo que Violeta dejara por un momento su pasadizo y fuera a levantar lo que la bruja había dejado caer.



Pues, como ya adivinaron, la mujer muy muy vieja con la voz aguda aguda más o menos así, ¡era una bruja!

Tal vez una de las últimas brujas activas de los alrededores, y había escogido este parque, quién sabe por qué, para dar un pequeño paseo.

OceanofPDF.com



DE UN brinco Violeta se puso de pie, se acomodó la gorra y corrió hacia el trozo de gis que guardó en su bolsillo.

Luego retomó la excavación del pasadizo.

Fue entonces que sintió unas ligeras ganas de probar el gis.

Hurgó en sus dos bolsillos. Sacó una piedrita, un clip nuevo, una luneta morada algo derretida, un cerillo, y extendió todo en el piso junto con el gis.

Un gis normal, cierto. Pero un gis lindo, liso, largo y blanco. Sí, era un gis muy lindo. Y nuevo.



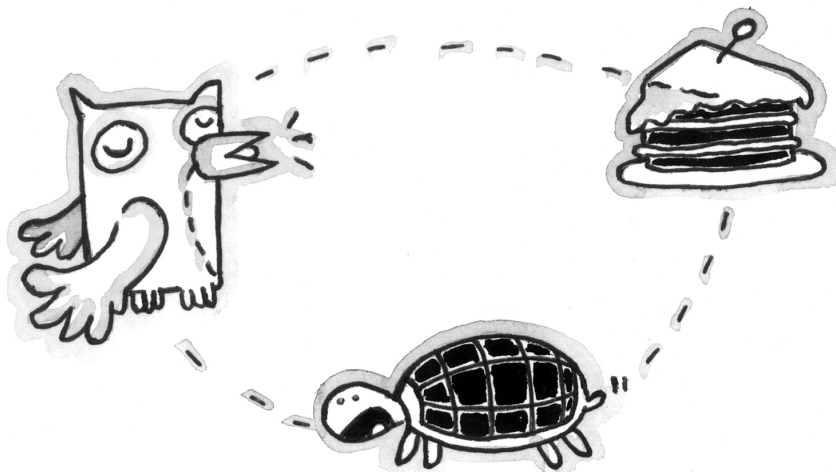
Violeta olía su gis mientras se preguntaba qué iba a dibujar.

Encontró una superficie apropiada, negra y plana. Aspiró el gis, hizo un gesto horrible y pensó en todas las posibilidades:

* Un pastel enorme con seis velitas, porque adoraba que fuera su cumpleaños.



- * Un búho, porque era su animal preferido junto con las tortugas.
- * Una tortuga, por la misma razón.
- * Un sándwich de queso con chocolate, porque nunca nadie le quería preparar uno así.



Finalmente, dibujó una marmota, porque le gustaba hacer cosas difíciles, y una marmota es súper difícil de dibujar.

Tenía la lengua de fuera; se esforzó muchísimo.

¡Shhhiuu!, la marmota apenas dibujada huyó a toda velocidad. De hecho, huyó corriendo con sus patas traseras pues con las otras todavía se frotaba los ojos para despertarse.



Violeta, por su lado, también se frotó los suyos.
Pero la marmota en verdad había desaparecido.
En su lugar, no había nada, sólo algo así:

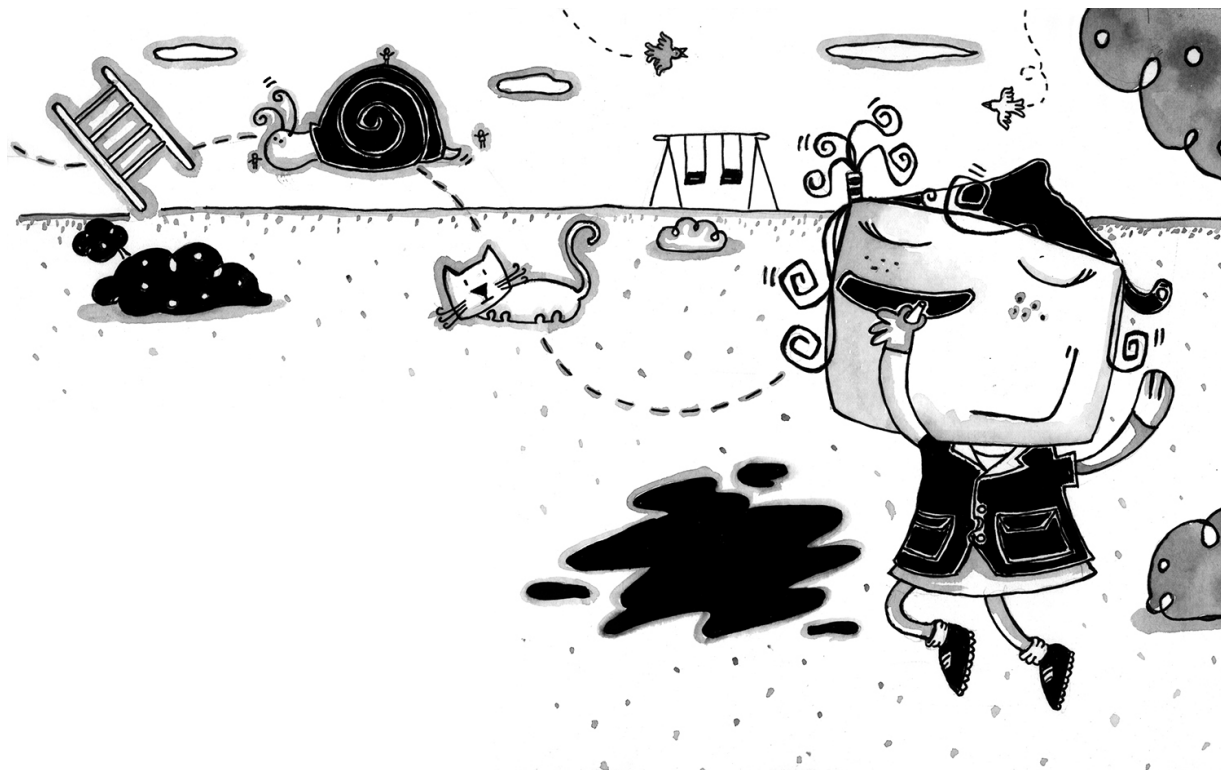


Violeta sintió ligeras ganas de llorar, pero mejor decidió sacarle provecho a su gis y dibujar alguna otra cosa genial.

¿Una escalera? Era algo interesante de dibujar, pero ¿para subir adónde?

Pensó en un caracol gigante, un gato sin patas para que no huyera.

Aspiró su gis nuevamente, en señal de ardua concentración.



“¿Y si me dibujo una amiga?”, pensó para sí. Y casi sin darse cuenta, una sonrisa se extendió en su rostro.

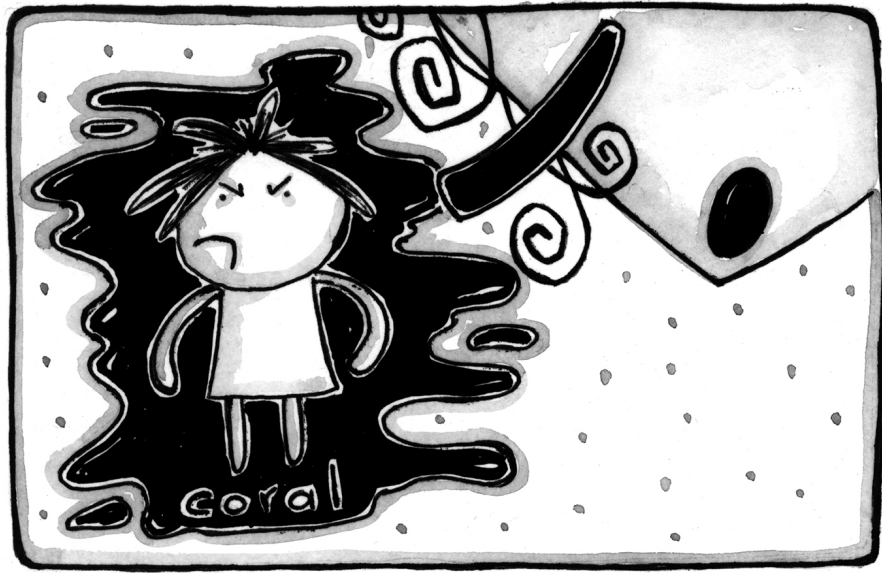
Diez trazos y listo.

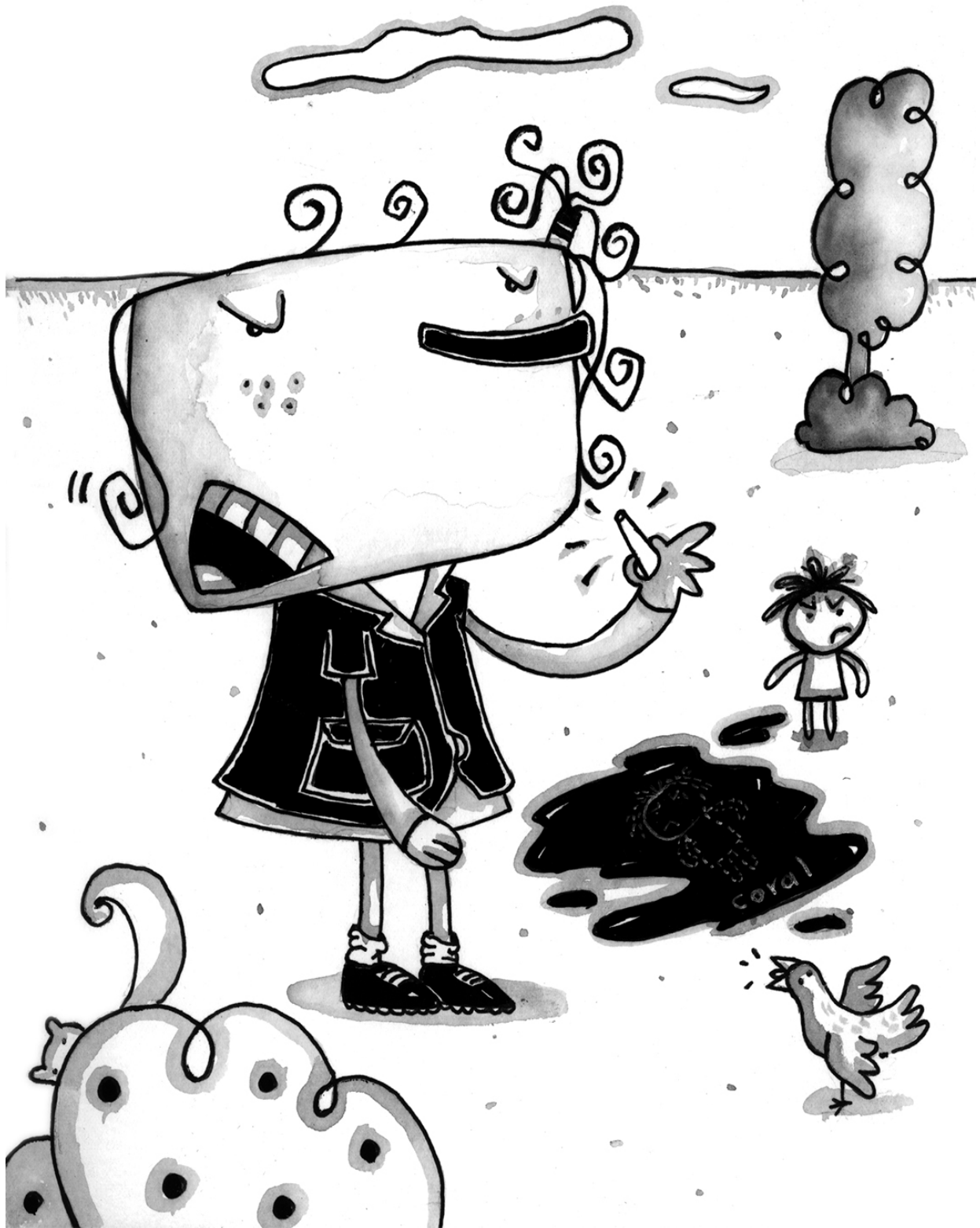
Escribió su nombre debajo del dibujo:



Una voz retumbó a sus espaldas:

—¡Te hubieras podido esforzar un poco más! ¡Mira el cabello que me hiciste!, ¿cómo quieres que me peine? ¡Y mis ojos!, ni siquiera tengo pestañas. ¡Gracias!, ¿eh? ¡De veras, muchas gracias! Y este vestido, ¡parece un costal de papas!





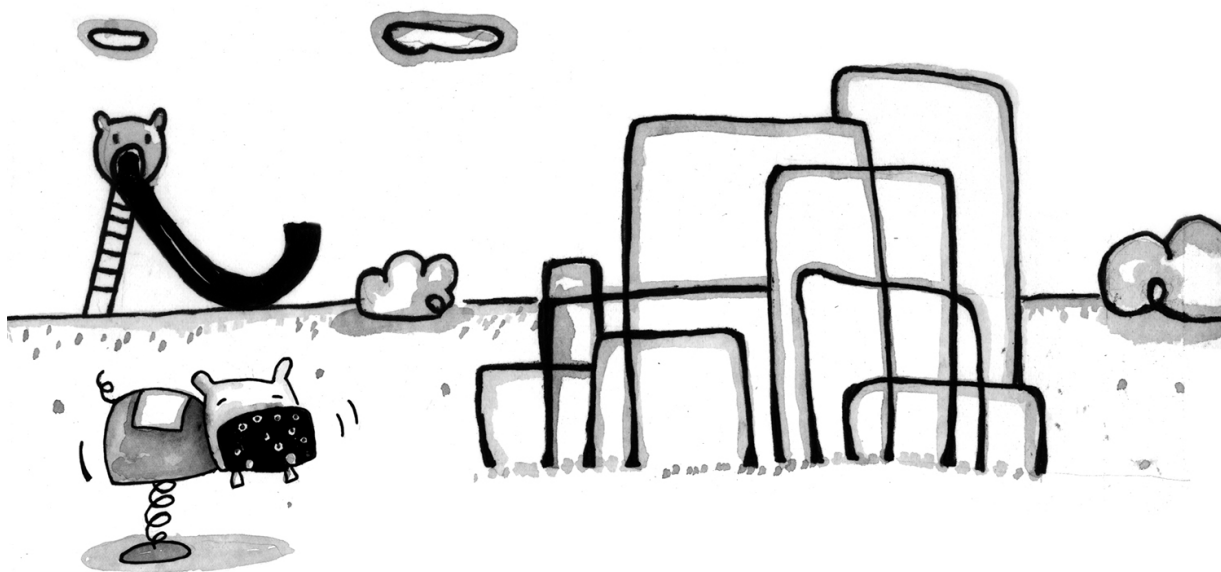
Violeta se volteó.

Coral la observaba, furiosa pero a la vez contenta, lo que no es nada fácil de lograr.

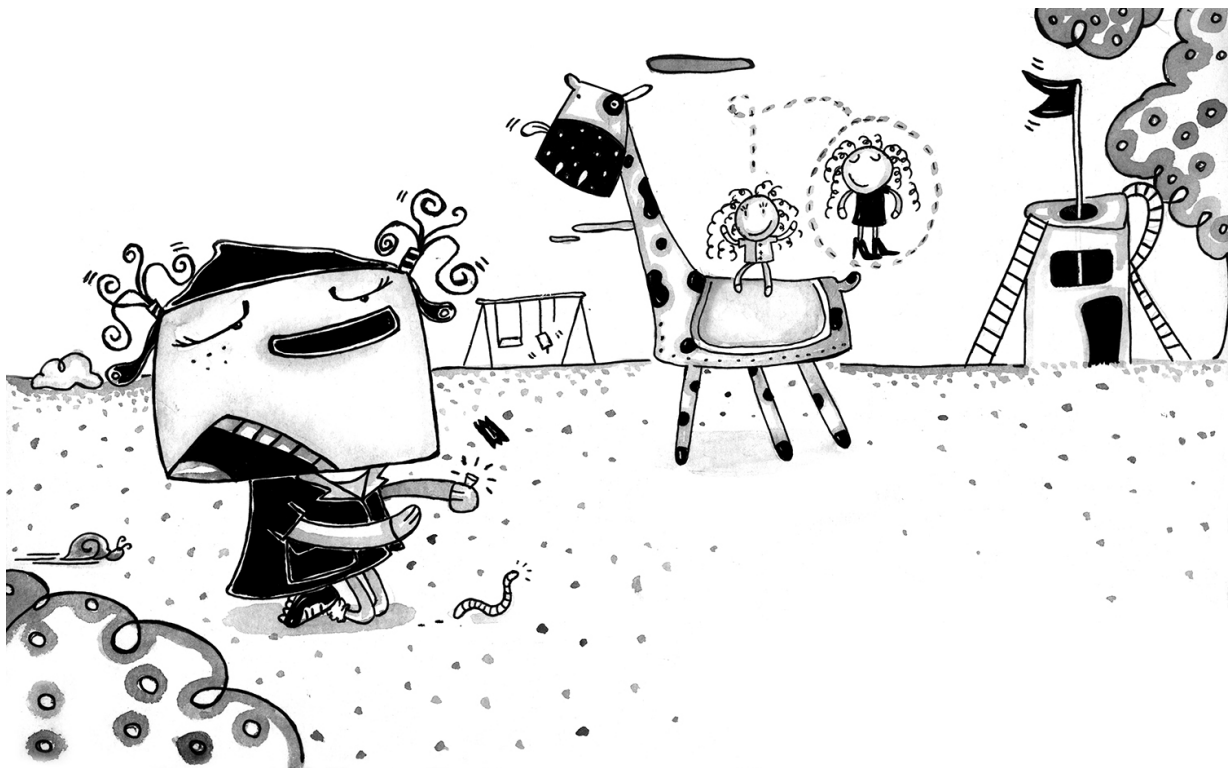
Violeta concluyó que su nueva mejor amiga, y la primera, pues nunca había tenido una, era muy latosa pero inteligente, lo que ya era bastante.

—¿Quieres jugar a algo? —le preguntó, intimidada.

—¡Primero arrégrame un poco! —exclamó Coral.



Violeta le dibujó unas pestañas inmensas, una cabellera rizada y larga hasta abajo de la cintura, un pantalón marinero y un suéter azul marino.



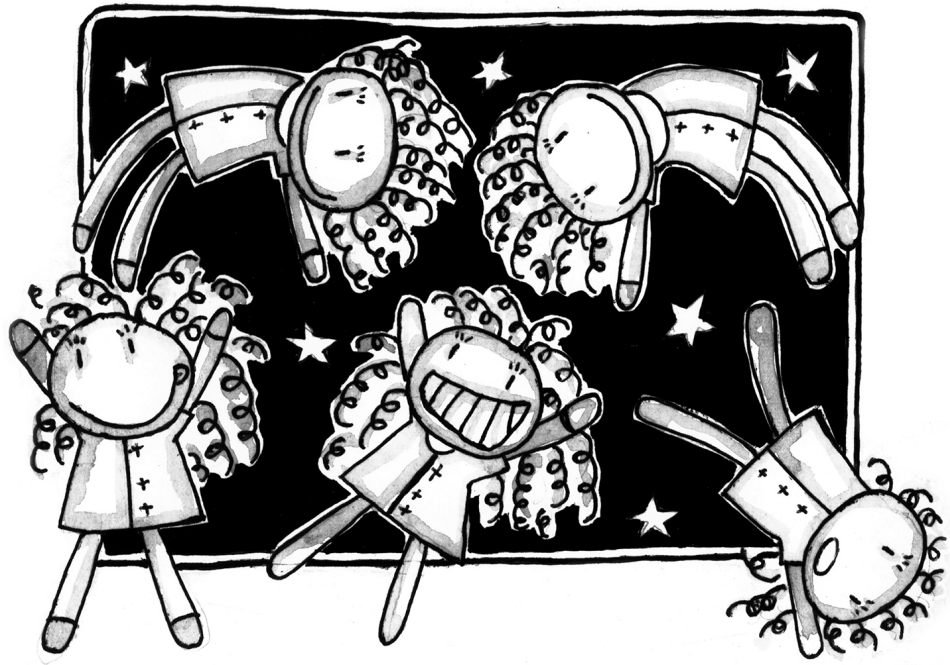
—También quiero unas sandalias con tacón, —exigió Coral con tono autoritario.

—¿Qué te crees, Barbie o qué? —preguntó Violeta algo desesperada.

Pero Coral no sabía quién era Barbie, ni Ken, ni nadie, no sabía absolutamente nada.

Sólo tenía muy mal gusto y un humor de perros. Por fortuna también era muy muy chistosa.

Sabía hacer la rueda de carro mejor que nadie, así:

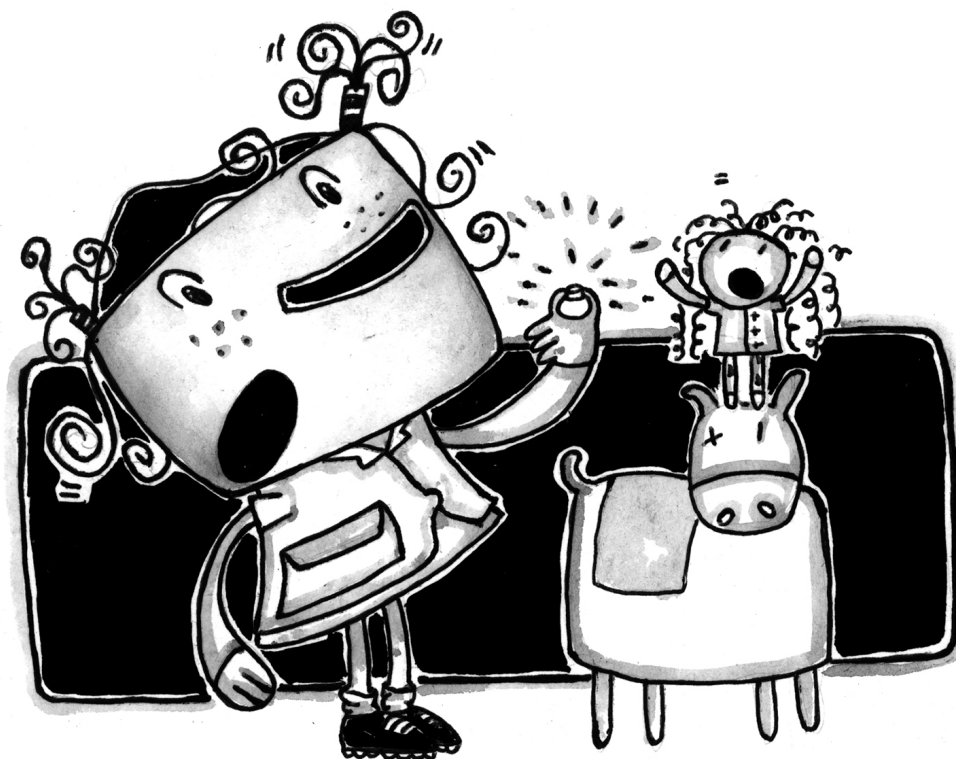


Y también el puente.

Jugaron largo rato. Dibujaron helados de arándano, sándwiches de queso mozzarella y nuez, varios gatos sin patas que borraron luego luego pues tenían cara de muy desdichados, una ardilla macho, su esposa y varios hijitos.

Desafortunadamente, el gis disminuía...

Así:



—Tenemos que dibujar algo importante, decisivo... —dijo Violeta.

—Sí —respondió Coral.

Y se sentaron a reflexionar.

—¡Ay! Mi pantalón está todo sucio —lloriqueó Coral— y mi cabello llega hasta el piso.



Violeta tuvo ganas de regañarla muy fuerte, pero no dijo nada y le arregló el pantalón y el cabello.

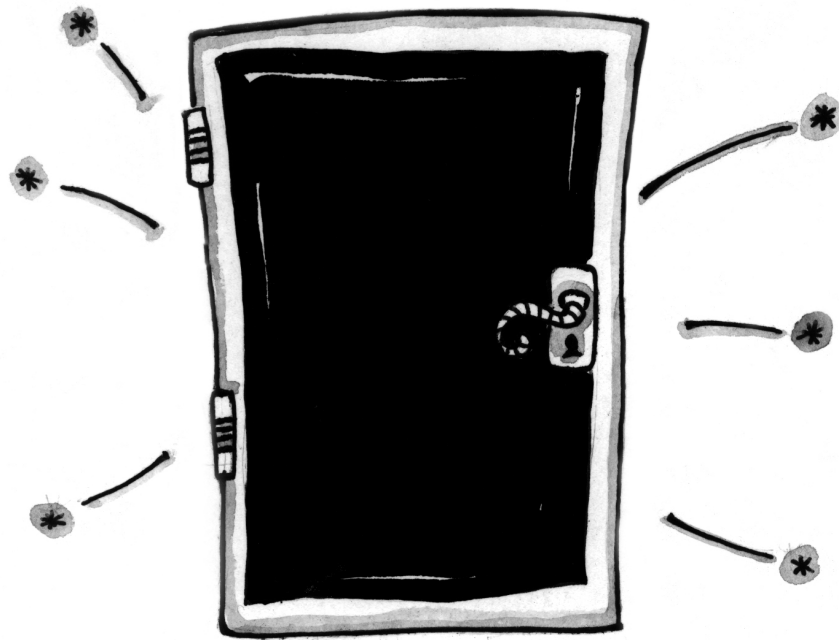
El gis era ahora tan minúsculo que apenas podía sostenerlo con los dedos.

Estaban sentadas frente a frente y de pronto gritaron al mismo tiempo:



—¡Ya sé!

Y, con un mismo movimiento, dibujaron una puerta así:

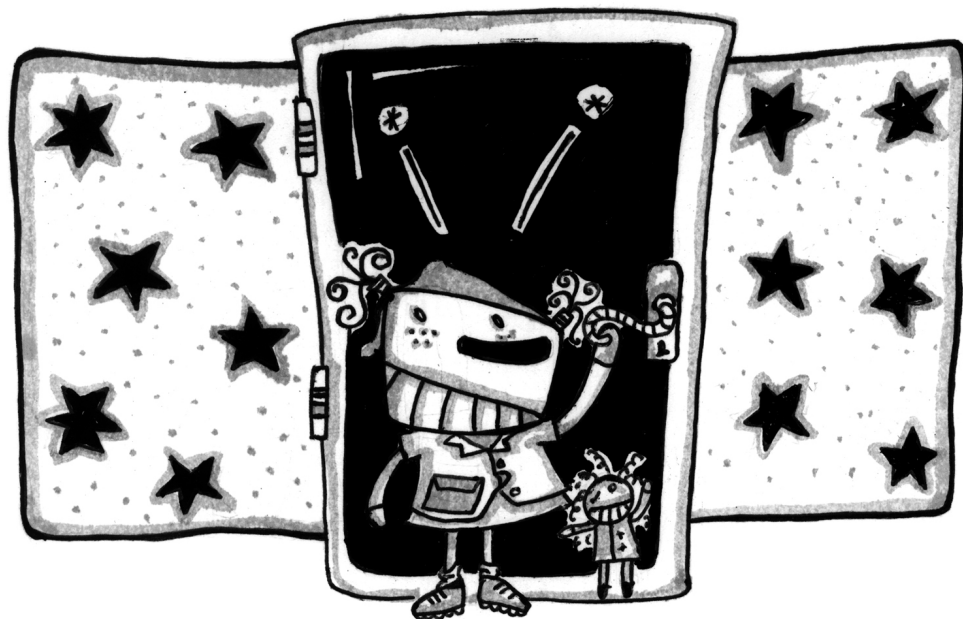


La manija era de marfil esculpido.

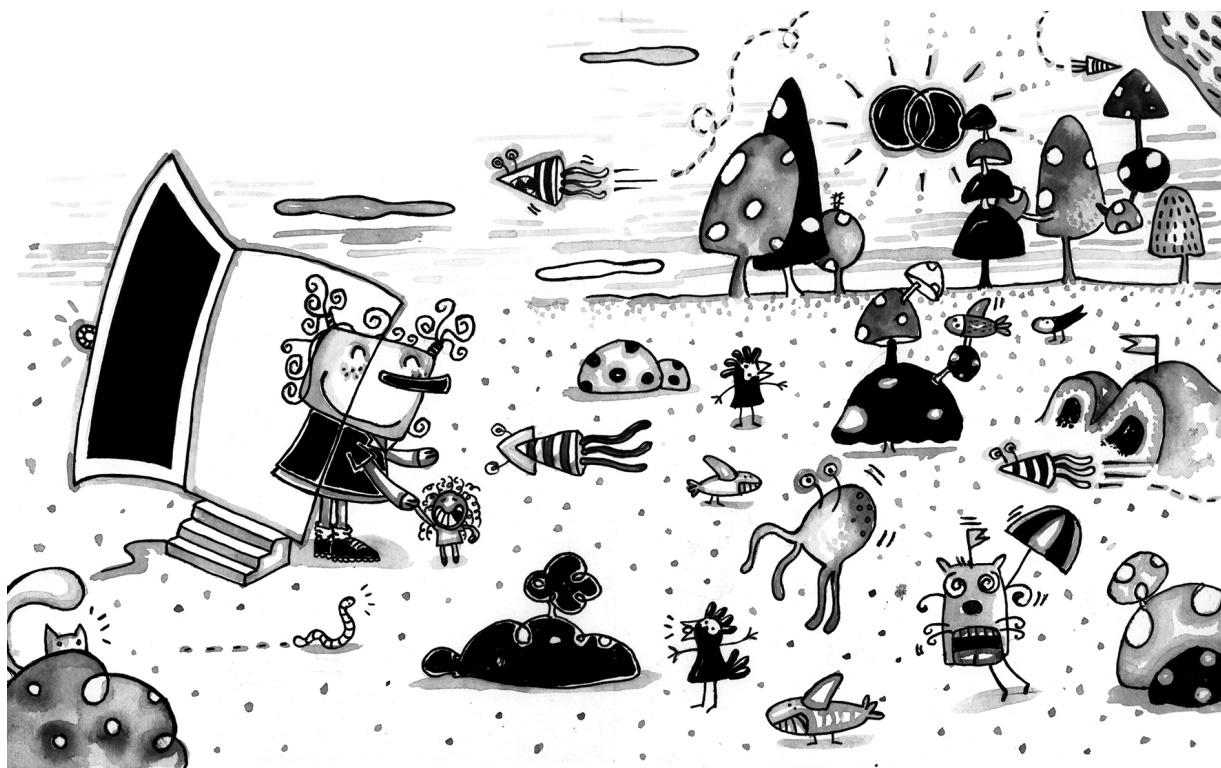
El gis había desaparecido por completo.

Temblorosas, abrieron la puerta con delicadeza...

Del otro lado se desplegó un paisaje maravilloso; ellas jamás habían visto algo parecido, sobre todo Coral, que no había visto nada. Pero incluso Violeta, que más bien era severa con los parques, los jardines y los bosques, lanzó un grito de felicidad.



Tomadas de la mano, pasaron al otro lado.



Índice

Dedicatoria

Un día, Violeta entró en el parque...

OceanofPDF.com



El gis mágico

★ A Violeta no le gusta ir al parque y, por más que se niega, la llevan. Por eso, cuando está allí, se la pasa cavando un pasadizo para escapar. Pero hoy, una mujer muy, muy vieja dejó cerca de ella un gis: se trata de un gis mágico, con poderes extraordinarios.

Geneviève Brisac es una escritora francesa; ha sido maestra de lengua y literatura, directora de la *Revue des Livres pour Enfants* y editora de libros para niños. También ha escrito obras para adultos y jóvenes. En esta misma colección ha publicado *Olga y Olga y los traidores*.

Heyliana Flores estudió artes plásticas con especialidad en pintura, e ilustración de libros para niños en Australia. Su trabajo se ha expuesto en México, Japón, Italia y Estados Unidos.



A LA
ORILLA
DEL
VIENTO

150

Para los que están aprendiendo a leer

